OPINIÓN

El Cielo Vacío

Por Milo Montiel Romo · 3 de febrero de 2026 · 13 min de lectura



Lejos de los grandes nombres de los monjes franciscanos que vinieron a evangelizar a los habitantes de las tierras conquistadas, me encontré en un viejo libro olvidado a un tal Martín de la Cruz. Monje nacido en Castilla a finales de los años mil cuatrocientos encuentra una fama efímera por ser uno de los primeros casos de herejía de la Nueva España.

Martín es uno de tantos que ingresa a un convento franciscano con la única intensión familiar de deshacerse de una boca más que alimentar. Los testigos del juicio improvisado por herejía que lo condena años después hablan de De la Cruz, como un monje incapaz de entender las escrituras y mucho menos la idea de Dios, por ello dicen, sólo repetía la misa como quien cumple con un castigo. Cada día, de sol a sol, Martín vivía los ritos y los horarios de una religión ejercida como administración y no como creencia.

Así, es catalogado torpe y lento de entendimiento que leía con dificultad que era invisible para todos los demás del convento, no preguntaba, no participaba, no creía.
En algún momento, entre 1520 y 1521 es ordenado sacerdote y fue destinado a misiones menores en la península ibérica, no fue enviado a grandes conventos ni a centros de estudio. Recorre la península ibérica hablando de la palabra de un Dios que no entiende en territorios donde hace unos años sólo se hablaba del islam. Sólo obedeció, sin quejas y sin convicción. Hacia 1522 fue enviado a la naciente Nueva España. No partió como apóstol ni como creyente, sino como alguien ya entrenado en la obediencia mecánica y en la conversión sin sentido.

Luego de cruzar el mar hacinado en un barco pestilente, conviviendo con marineros negros, chinos y vascos y ratas con quienes compartía comida rancia y agua pestilente, llegó al caserío raquítico llamado pomposamente, Villa Rica de la Veracruz. Se instaló con otro grupo de sacerdotes franciscanos en una casucha de madera algunas semanas, hasta que se organizó la salida de un grupo de soldados, tamemes, burros y sacerdotes hacia el valle de Méshico.

Caminó sin queja por selvas, bosques, montañas heladas, por los altepetl aliados de los españoles, donde comían, dormían y seguían su camino. Así llegó a la mítica Tenochtitlán, una ciudad en ruinas, abandonada y apestada. Donde los cuerpos de los muertos fueron aventados a los canales y otros, enterrados hacía muy poco. El agua contaminada, la viruela y las ruinas no dejaban olvidar las heridas del asedio.

Pocos se atrevían a vivir aquí.

Aquí, la orden abandonó a Martín De la Cruz, a quien, como diría el mismo Martín.
"... se me impuso la dura tarea de convertir al cristianismo a los cadáveres de los indios que aún se pudren por toda la ciudad..."
El franciscano dice en sus escritos que caminar por las calles rotas y los edificios destruidos y abandonados que mantenían el hedor a muerte, donde los sobrevivientes, penosamente se movían como sombras buscando agua dulce, raíces, insectos, roedores para masticar algo, lo llevó a centrar todos sus pensamientos en la falta de fuerza en la promesa del cielo o la amenaza del infierno cristianos ante la muerte.

"La muerte ocupó mi pensamiento, mi ánima y mi pecho.

No había día ni noche en que no se me pusiese delante.

Mas aquello que desde niño me fue enseñado no bastó para colmar lo que mis ojos vieron en las tierras ganadas.

Nunca fui prevenido para andar camino alguno en que Dios pareciese no tener entrada."
Martín deambulaba por las ruinas, con la boca y la nariz tapada para tratar de atenuar inútilmente el hedor a muerte y ayudaba a sacar los cadáveres de los canales y ahí, junto a los hombres y mujeres en harapos que callaban los cantos y disimulaban el olor a copal para evitar la furia de los españoles y los tlaxcaltecas, rezaban a dioses que los habían abandonados, pero que aun así buscaban por costumbre, para no dejar a los difuntos abandonados del todo.

Así, sin sacerdotes, los más ancianos recitaban en voz baja, oraciones improvisadas a los dioses que huyeron cuando la ciudad cayó. Se lavaba el cuerpo con un poco de agua dulce, muchas veces sólo la cara, en un silencio casi absoluto y siempre en las noches sin luna.

A veces, se amortajaban los cuerpos, envolviéndolos en ayates sin atavíos rituales, sólo con un grano de maíz, un pedazo de obsidiana o un pequeño objeto personal, no como ofrenda, sino como un recuerdo para el camino. Otras veces los cuerpos se enterraban en fosas poco profundas, en patios, en las propias ruinas o en los bordes de los canales, otras, se hacían fosas comunes, donde los cadáveres se apilaban y se cubrían con cal, tierra y escombros; otras, se cremaban rápida y discretamente, sin ritos, sin ceremonias, donde el silencio y la ausencia también era rito.

Todos los dioses abandonaron a sus fieles y el dios cristiano veía desde lejos, desde la indiferencia, desde el tormento de la cruz que destruyó todo, para bendecir con la piedad y el amor a estos miserables que estaban destinados a morir de hambre, de viruela, por los tlaxcaltecas; o por los perros o la espada españoles.

Martín sabía que Dios no estaba, que su vida no era vigilada por un dios (con minúscula) que censaba cada pensamiento, cada palabra, obra y hecho no hecho, cada deseo. Que castigaba el cuerpo para salvar el alma.

El cielo estaba vació, eso era lo que daba miedo, no Dios, sino su ausencia.
Entonces Martín, en medio de la soledad en que lo dejó la Orden Franciscana y la soledad que siempre vivió en los conventos, por fin tuvo una certeza. Dios no nunca le habló porque no habla.

Porque todo lo que le dijeron era mentira. Supo, caminando entre la muerte, que a Dios no le importamos, que no está viendo, que no podemos entenderlo porque no hay nada que entender. Sin embargo, Martín De la Cruz no dijo nada, no escribió nada. Siguió siendo una sombra con hábito. Sucio, maloliente y callado.

Y aún con eso, estaba mejor vestido que los mexicas semidesnudos, humillados y vencidos que en pequeñas cantidades se movían por los edificios fotos y las viejas calles que, ante el adoquín roto, eran lodazales que los canales y la humedad no permitían que se sequen.

Cuando lo convocaron los Padres Superiores a buscar y acarrear códices para la quema divina de instrumentos de los demonios en que se convirtieron los dioses, ocultó cuantos libros de indios pudo, no era un asunto de preservación o defensa, sólo era un sentimiento, una especie de solidaridad con las sombras con las que caminó los últimos meses entre las ruinas.

Luego, entre las sombras de las casuchas donde se guarecía en las noches, veía aquellos dibujos de figuras antropomorfas con garras, con animales, con hombres en guerras permanentes.

Dioses con dientes y corazones como adornos; listados de tributos. Veía un mundo que no conocía al Dios que él temía y que sobrevivió hasta que llegaron ellos.

Martín pasó los años atesorando los textos escondidos, viéndolos furtivamente siempre a la luz tenue de una vela. Sin compartirlos, discutirlos o mostrarlos a nadie. No entendía, pero estaba maravillado de cada trazo.

Con el tiempo, cuando fue enviado a Coyoacan, los españoles y los hijos de estos, nacidos en estas tierras, empezaron a considerar a Martín en una especie de asceta, un monje que cumplía la doctrina franciscana de manera ejemplar. Su suciedad y su mal olor no impedía que las misas mecánicas y sin emoción alguna que presidía fueran tan concurridas como lo permitía la apenas creciente sociedad católica de la época. Incluso Hernán Cortés asistía a los servicios encabezados por el franciscano, aunque no dudaba en mostrar su incomodidad ante el hedor y la apariencia desaliñada del monje.

Martín fue encargado de acompañar la producción de nuevos códices, de vigilar a los tlacuilos que escribían la historia dictada por los conquistadores, donde estaba prohibido hacer a los dioses, los ritos, los calendarios sagrados, las viejas creencias. Ahora contaban padrones de población, registros de tributo, mapas, genealogías de linajes. Todo se redujo a política y contabilidad.

Ahí, siempre con un interprete presente, trató de entender los códices, pero cómo entender la diferencia de significado que tiene cada forma, cada color, cada posición espacial en los códices, las cuales no tienen referencia a las maneras de representar cristianas. Los tlacuilos decían al interprete y este decía lo que entendía y en ese andar, se perdían algo.

La verdad es que poco entendió, y tampoco le importaba mucho entender, lo que le dijeron, no podía ni siquiera con la pronunciación de los nombres. Pero una idea aislada se quedó grabada, la idea de la igualdad ante la muerte. Del camino donde todos, hombres, mujeres, malos, buenos, blancos, negros, indios llegaban hasta el “ídolo de la muerte de los naturales” para fundirse con el todo.

Ese fragmento fue la idea de una muerte sin juicio, sin castigo y sin recompensa; una muerte entendida no como condena, sino como disolución. A partir de ahí, Martín elaboró una creencia propia, incompleta y torpe, pero persistente, que lo condujo a negar cualquier forma de dios humanizado, dotado de voluntad, rasgos, emociones o propósito moral.

Dios pasó de ser un Cristo clavado en una cruz, a ser una fuerza creadora, una fuerza presente en todas las cosas, sin necesidad de la individualidad. Este Dios universal y omnipresente no observa, juzga o castiga. Es Dios, porque es, él todo es. Incluso cada hombre y mujer, cada planta y roca y cada estrella. Por eso no se puede reducir a imagen alguna, palabra u orden.

Todo esto no era una creencia indígena y no quería cuestionar a la cristiandad, era una idea defectuosa, inconclusa, inconexa, nacida del cruce de su propia historia, lo repetido hasta el cansancio en los conventos y el trauma de llegar a una ciudad muerta, podrida y apestada. Así, Martín creyó entender que el destino del hombre en la muerte no es la continuidad, ni el castigo, es disolverse en el Todo al cual ya pertenece.

¿Cómo fundar una iglesia con eso?
¿A quién se le reza y se le pide?
¿Cómo negar otras creencias si aceptamos que Todo es, y que nada puede ser excluido?
¿Cómo infundir miedo a la muerte, si la muerte es solamente abandonar “la conciencia” y desaparecer en Dios?
Esta idea lo llevó a pensar en lo que la cristiandad le enseño acerca de la divinidad del hombre, lo cual él recito del libro del Génesis una y otra vez, sin entender lo que decía, “Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó…”
La mentira de la imagen de Dios en el hombre era lo que Martín llamó “la conciencia”, eso que te hace creer que eres separado de todo, lo cual invita a engañarse y pensarse superior, pero esta “conciencia”, no es una decisión divina, es sólo una fractura provocada por la complejización del universo, una anomalía química que el propio Martín jamás pudo entender del todo, donde la muerte sólo es una corrección ontológica.
No somos cosa apartada.

No hay en el hombre ni en la mujer señal de elección alguna.
Somos carne, hueso y desecho,
como lo son las bestias y la tierra que se pisa.
Lo que nos separa no es honra,
sino una torcedura breve:
el sabernos vivos.

Esa chispa que llaman conciencia
no nos eleva, nos hiere.

Nos hace sentir el dolor antes de que mate,
el placer antes de que falte,
el tiempo antes de que pase
y la muerte antes de que llegue.

Por ella tememos,
por ella recordamos lo que ya no está
y deseamos lo que no nos fue dado.

Por ella guerreamos,
no por hambre ni por justicia,
sino por no soportar el peso de sabernos separados.
No fuimos hechos a imagen de nadie.

Fuimos hechos para volver.
Y en la muerte,
cuando se apaga el sabernos,
no se pierde nada.

Se descansa.

Martín no quiso nunca predicar esta idea, no buscó seguidores ni pensó en ritos o una doctrina de fe. Pero su aislamiento causó sospechas y fue denunciado ante los padres superiores, mismos que al revisar y encontrar sus notas, iniciaron un juicio por herejía.
No les preocupaba que negara a Dios, porque no lo hacía, era que consideraba a la iglesia como innecesaria, pues no hay moral o autoridad con un Dios que no juzga y no castiga. Era claro que para gobernar un mundo que está empezando a expandirse se necesitaba orden, miedo y espadas.

Martín De la Cruz encontró un panteón de dioses indios abandonado por la derrota y el aniquilamiento, pero, por encima, planteaba un cielo cristiano vacío, sin sentido, es decir, un mundo peligroso, un mundo sin necesidad de ser salvado por nadie.

Martín De la Cruz, fue juzgado, a falta de un tribunal del Santo Oficio, por un pequeño grupo de frailes en un templo improvisado en la casa de un cacique, descendiente de nobles indígenas, convertido a la cristiandad, y fue condenado a la excomunión y a la expulsión del Valle de Meshico, por lo que se refugió en la Villa Rica de la Vera Cruz, donde murió años después solo, en silencio y en una pobreza aceptada y sin cuestionamiento alguno.

Muchos años después, cuando se encontraron sus apuntes en Archivo General de Indias, le adjudicaron de forma arbitraria el siguiente fragmento, supuestamente encontrado al tiempo que encontraron su cuerpo muerto.

Moriré pronto.

No tengo miedo.

Me despojé de las vestiduras
y entré al mar.

Cuando el agua me cubrió,
dejé de estar aparte.

Seré como la gota que cae y se pierde.
No quedará nada.

Y así cesará la soledad.

Queda claro que no fue enviado a Castilla para ser castigado por la Santa Inquisición pues nunca representó peligro alguno, sólo fue un pensamiento pequeño, que se quedó en unas hojas que uno de sus jueces, Fray Alonso de San Miguel, guardó y que se convirtieron en parte de su Relación del camino y trabajos de los hermanos menores en la Nueva España.

El mencionado monje describe los escritos como notas sueltas, mal ordenadas, sin intención de doctrina. Afirma que no contienen exhortación ni método, y que su lectura resulta confusa incluso para quien conoce bien la teología. No los considera peligrosos. Los considera inútiles. Precisamente por eso los guarda.

En el margen del acta, el juez anota:
“Entre los papeles recogidos al dicho fray Martín de la Cruz se hallaron ciertos apuntamientos breves, escritos de su mano, sin orden ni concierto, que no parecen hechos para enseñar ni para persuadir a otro alguno. No contienen proposición formal ni doctrina seguida, antes son pensamientos sueltos y confusos acerca de Dios y de la muerte.

No se halló en ellos exhortación, ni mandato, ni intento de fundar opinión, y por ello no se tuvieron por cosa digna de mayor examen. Parecen más bien desvaríos de entendimiento corto que malicia pertinaz.

El dicho fray Martín no predicó tales cosas públicamente ni las comunicó a persona alguna, fuera de lo que por descuido dijo en interrogatorio. Aceptó la corrección y el apartamiento sin resistencia ni queja.

Guárdanse estos papeles no por utilidad, sino por memoria del caso, como ejemplo de cómo la ignorancia, mezclada con curiosidad, puede torcer el juicio sin causar escándalo.

Y no habiendo más que añadir, se da por cerrada esta parte.”

Publicado en Punto de Referencia. Dirección original: https://puntodereferencia.mx/opinion/el-cielo-vacio
Descargado el 21 de noviembre de 2026.